

LA UNIVERSIDAD Y SUS VÍCTIMAS

Por José MARTÍN RECUERDA

ANDAR por los pasillos de cualquier claustro universitario es presenciar un trágico carnaval. Hay catedráticos que van doblados como cirios, con caras largas, aparentando una profundidad superficial, reflexiva y amanerada. Hay otros que van tiesos como garrotes, muy pizpiretos, con la cabeza levantada altivamente y andando rápidos, con deseos de dominación, levantando las manos, como falsos arzobispos, que quieren que se las besen. Ahora recuerdo, en la Universidad de Salamanca, que los estudiantes les llamaban «los arzobispos». En aquel aire ligero de andar parecía que querían adueñarse de toda la Universidad. Recuerdo que en mi cátedra de teatro llamada «Juan del Enzima» (de la que un día hablaré muchísimo por el bien de la Universidad y el teatro español), se quería crear un Departamento de Drama. Fue imposible por causa de los «arzobispales». Después de mucho trabajo, el Departamento de Drama quedó cambiado en una cátedra de «bla, bla, bla». En aquel tiempo llegó uno de estos «cátedros» o ungidos petimetres de la cultura académica o páramo universitario. Mis alumnos y yo quisimos hacerle un homenaje a don Pedro Calderón de la Barca con motivo del tercer centenario de su muerte, poniendo en escena el auto sacramental «Los encantos de la culpa», tal como se hacía en el Palacio del Buen Retiro, en la época de Felipe IV. Yo les dije a los estudiantes que este catedrático que había llegado quería presentar la obra, pero que tuvieran muy en cuenta que iba a decir lo que dijo Juan Ramón Jiménez hacía muchísimos años. Era lo siguiente: «Clásico es lo que está vivo.» Y así fue. Los estudiantes empezaron a reír. Así es todo en las Universidades españolas: todos repiten lo que otros dijeron, pero muy pocos, poquísimos, dicen algo que sorprenda y sea nuevo. Esto continúa en nuestros días lo mismo en la Universidad que en todos los campos de la cultura.

Quizá todos estos catedráticos y «gente de cultura» llevarán razón: unos hasta se quedaban afónicos en tiempos de elecciones rectorales, diciendo y proclamando al mismo tiempo que no les importaba alcanzar el po-

der del Rectorado; otros estaban haciendo méritos buscando el ansiado poder, luchando como lobos eruditos creyendo que iban a descubrir la cultura española, como si todos fueran Severo Ochoa, Ortega y Gasset o Miguel de Unamuno. El espectáculo no podía ser más desconsolador. ¡Si los muros de los claustros universitarios hablaran de todo este mundo que pasó por ellos, cómo nos reiríamos ahora! Cada año inventaban promocionar a un santo de su devoción, para obtener lo que querían. Por aquel tiempo era Teresa de Ávila: ¡cuánto oportunismo «levitante» a la vera de la santa y mística doctora! Yo quería hablar de todas estas mentiras, pero no me dejaban. Yo quería hablar de lo que entendía por cátedra y sentido universitario de verdad, de las nuevas leyes que se querían llevar a cabo, seguramente para acallar bocas, o como siempre, para pacificar ánimos...

¿Qué es hoy un catedrático en España, salvo alguna rara excepción? Veamos la historia del «divismo» del «sumo pontífice» universitario. Este «divo» ganaba unas oposiciones —que en nada demostraban su capacidad pedagógica y, muy poquito, su capacidad investigadora— y se echaba después a dormir. Los que así ganaron las oposiciones pasaban por las siguientes «moradas teresianas»: primero eran esclavos de los catedráticos de turno; segundo, creando relaciones culturales—cobistas con media Universidad española; tercero, perteneciendo a grupos políticos de la oligarquía franquista antes, y más recientemente, al partido dominante durante estos últimos años, y... ¿al fin, la Universidad española qué es? Los estudiantes decían y dicen que un puro desastre; que muy pocas son las cátedras que aumentan su ciencia y comunican, con verdadero rigor universitario, no sólo conocimientos sino una verdadera pasión e inquietud de saber...

Pero viene ahora una segunda parte de este carnaval trágico, y hasta una tercera. La segunda parte, y la más terrible, es tener una Universidad masificada, en donde alumnos con espíritu universitario o sin él, obtienen un título que, generalmente, sólo les va a servir para colgarlo en una pared de su casa. La demagogia de los poderes públicos, la presión de los padres —quienes, en su mayoría, sueñan con que sus hijos alcancen el rango universitario que ellos, por razones económicas y sociales, no pudieron obtener—, la ineficacia de las llamadas carreras profesionales o intermedias, y lo más trágico aún: pasar cinco o seis años cursando unos estudios universitarios en vez de estar en la desesperación del paro... ¿El resultado?: una estafa social a una juventud a la que se le conceden títulos universitarios sin tener en cuenta su grado de aptitud universitaria, sin haberla preparado con el rigor que tal grado académico requiere y de acuerdo con las necesidades del país, en detrimento, claro está, de aquellos jóvenes que verdaderamente podrían ser verdaderos universitarios, es decir: espíritu eternamente hambriento de saber, de investigar y de transformar el presente para crear el

futuro. ¿Y qué tenemos, qué es, en la actualidad, nuestra Universidad? Una especie de híbrido entre la concepción clásica, humanista, y la necesidad técnica moderna, pero, ¡ay!, por su masificación, preparación «real» del profesorado, y medios técnicos, ni siquiera es una eficiente escuela de formación profesional... Y, mientras tanto, todavía sigue lo que yo llamo la tercera parte de este carnaval: jóvenes profesores llenos de ilusión y aspirantes a comunicar a sus alumnos, a compartir con ellos, más que el saber concreto, el entusiasmo ilimitado de conocimientos, no como algo muerto sino como una pasión de vivir, siguen, todavía, pasando sus mejores años haciendo «méritos» para un día poder llegar, después de esclavismos y humillaciones, a ese status de «seguridad» llamado «cátedra». ¡Cuánta pérdida de energía y de talento en la larga búsqueda de la «seguridad» burocrática y la liberación del terror —disfrazado de «academicismo»— impuesto por los que antes que ellos pasaron la misma «travesía del desierto»!.

Confiemos en un futuro. Más desencanto, no. Decía Federico Schiller: «Sólo porque cambia existe el hombre» y también: «Algo ha de cambiar, si ha de haber cambio.» «Sólo la educación estética del hombre nos llevará a la moral, a la libertad y a un Estado nuevo.» Luchemos todos, universitarios, en la búsqueda de esa «educación estética» que promulga Schiller: creo que sería una manera de salvarnos. Borremos un pasado y comencemos un futuro, olvidando lo que fuimos: seamos iguales en la lucha por nuestra Universidad y por nuestra vida. ¿Seríais capaces de dar una solución entre todos sin tener en cuenta quién es, quién fue o quién será cada uno? ¿Es acaso una utopía lo que propongo? Pues por una sola vez en la vida reflexionemos por la utopía propuesta que puede convertirse en realidad-amor. Que la realidad también es amor cuando se sabe ver.



J. Martín Recuerda
Dramaturgo

JURIS
ESCUELA SUPERIOR DE PRACTICA JURIDICA

CURSO 94-95
(Octubre-Junio)

Curso eminentemente práctico para licenciados y alumnos de 5.º curso que piensen ejercer la Abogacía o la Asesoría Jurídica de Empresas.

PLAZAS LIMITADAS

Grupos reducidos de mañana y tarde por riguroso orden (340 horas).

DIPLOMA Y CERTIFICADO

Inscripción y clases:
JURIS
ESCUELA SUPERIOR DE PRACTICA JURIDICA
Conde Duque, 6
Tel. 559 33 34. Fax 559 09 33

St. Michael's
School
SEGOVIA

APRENDE A ESTUDIAR.
CURSO TECNICAS DE ESTUDIO
SEPTIEMBRE / OCTUBRE
INTERNADO

CHICOS - CHICAS
EGB - BUP

ULTIMAS PLAZAS
921/ 43 01 71